

# REPERTORIO AMERICANO

PUBLICADO QUINCENALMENTE POR GARCÍA MONGÉ Y CÍA., EDITORES

VOL. II

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, VIERNES 15 DE OCTUBRE DE 1920

Nº 5

## EL HOMBRE SIN PATRIA

POR LA LIBERTAD DE FABIO FIALLO Y AMERICO LUGO

EDWARD Everett Hale! Pudiera llegar hasta los mármoles donde reposas, con la espada de los magos en alto, a evocarte, y sé que surgirías de la sombra,—espectro y gloria,—para responder gravemente a mi conjuro. ¡Acaso los manes del Descubridor de América hicieran sentir su poder en la viril actitud de mi espada evocadora! Y tornarías a la vida un momento a oír de mi labio quizá el reproche de una alma en juventud, en la cual tendría fuerza en tu presencia el eco de la voz, que arrastra siglos, con que el destino de un Continente, formulando los enigmas de su historia, busca la conciencia de sus rumbos y el espíritu de una raza. Pero pusiste redentora ternura en la obra de tu vida, amaste la juventud, diste esperanza al infortunio, inspiraste fe, y yo, que tengo blando el corazón, prefiero llegar humildemente a los mármoles que te guardan, conmovido con algo que hay en ellos de sagrado.

Escribiste para la juventud de tu país aquella historia de Philip Nolan, *El hombre sin patria*. La historia es bella. La escribiste amándola y para dar a tus intrépidos jóvenes rubios un sentido de culto a la patria. Quisiste infundirles un sagrado terror a la deslealtad. Escribiéndola, fuiste grande, porque algo que casi sólo es de Esquilo, aquella sensación del tránsito de las Furias por el alma, hubo un instante en que supiste reflejarla en las angustias del pobre Philip Nolan, quien pudo haber entrado de tu mano al infierno dantesco. Condenado a no oír pronunciar jamás el nombre de su patria, condenado a no leerlo, a no saber nunca nada de ella, a mirarla desde un barco cual si sólo fuera una visión que fingiera el océano, a pasar de éste a otro barco, cuando ya la patria se acercaba, y de éste, a otro todavía, y a vivir así, de barco en barco, como de tumbo en tumbo, siendo en todos la carga infamante que la tripulación se avergonzaba de llevar. Condenado a vagar por los mares, cosa efímera como un rastro de algas, sin saber ni las rutas que a la patria llevaban, sin escuchar una resonancia de su vida tumultuosa, sin percibir un resplandor de su historia... y sin embargo consagrado a servirla y a defenderla; y de pronto lo conviertes en héroe y da sangre de su sangre de traidor, abnegadamente, por una patria que no existe para él sino como una afrenta. Luego lo tornas redentor, poniendo en su gesta algo de profético, y liberta a un grupo de esclavos el hombre sin libertad. Haces de Philip Nolan un cautivo judío errante que va incubando en el mar, a fuerza de sentir las allí, las tempestades de su corazón; inconsciente como el ancla de dónde para el buque, los ojos abiertos frente al horizonte buscando en las nostalgias de infancia la visión de una tierra gigantesca... Y cuando el miserable va a morir, lo dejas escuchar un rumor que llega de la patria trayéndole dolor, y en su agonía, cuando un cirio o una flor, o una dulce voz, o una

celeste visión, le hubieran abierto un sendero en la sombra infinita, entonces cubres su cuerpo con la bandera de su patria, destellante de estrellas, tal vez por no saber ¡Edward Everett Hale! que para muchos hombres que no han sido traidores como Philip Nolan, esa bandera está maldita.

La maldicen con tanto fervor como puso él en amarla, a la hora de su muerte. Y no yo, que la respeto. Pienso en Emerson y en Walt Whitman. Aquel me revela cultos supremos; éste despierta mi oído al fragor de los himnos futuros. Miro hacia tus mares y me deslumbran los resplandores de la antorcha con que La Libertad desafía al cielo. Sigo el imponente desfile de tus ejércitos y los veo detenerse ante una estatua donde el General Pershing, descubriéndose, exclama: Aquí estamos, Lafayette. «¿No es este pueblo a pesar de su rudeza la casa hospitalaria de los oprimidos?», —preguntó Martí.

Pero hay un hombre sin patria que no es Philip Nolan, que en ella vive y no en el mar, que la ama entrañablemente y no la tiene, que da su sangre por ella y no la salva, que habla elocuentemente en lengua de Quijotes a los esclavos y no los redime; un hombre que no fué desleal ni ingrato, que a su patria venera y por ella ora en las auroras y en las noches vela, que para ella vive y le consagra su trabajo y le entrega sus hijos, que le dedica su espíritu, que la ve, la siente, la palpa y no la posee... ¿De dónde es este hombre?, preguntarás; y la historia te contestará: de Filipinas, de Santo Domingo...

Tal es la formidable acusación, justa o injusta, pero es un sentimiento y una idea, y encarna un símbolo, y tiene un rugido y una garra, y aspira a una lira y a una epopeya y un día puede ser una guerra o un conjunto de guerras, y corporizar en héroes y aumentar el dolor del vientre de la tierra, fatigada ya de parir humanidades y sustentar civilizaciones para el dolor...

¡Edward Everett Hale! vuelve a hablar a los intrépidos jóvenes rubios de tu país para hacerles saber que quien alienta ultraje a la patria de otros hombres, a la suya propia es desleal, porque a la humanidad traiciona. Escribe otra bella historia, también persuasiva y elocuente, pon en ella fuego del espíritu y arrebató del Sermón de la Montaña, que los enardezca en amor de humanidad, como si un soplo divino los alzara; inspíralos, séducelos, y hazles sentir, comunicándoles una definitiva misión en el mundo, que si Philip Nolan por siempre dejó de oír nombrar la patria, los que conspiran contra el hombre, que es su hermano, por siempre dejarán de oír nombrar a Dios!

OMAR DENGÓ

Heredia, ESCUELA NORMAL, 12 de octubre de 1920.